

Joaquín Prats Cuevas es doctor en Historia Moderna y catedrático de la Universidad de Barcelona (UB); está especializado en Didáctica de la Historia, en el estudio de los sistemas educativos, y también en la Historia de las universidades. Actualmente es director del programa de doctorado de Didáctica de las Ciencias Sociales y del Patrimonio de la UB e investigador principal del grupo DHIGECS (Didáctica de la Historia, la Geografía y otras Ciencias Sociales), grupo de investigación consolidado por la Generalitat de Catalunya

Joaquín Prats Cuevas

Catedrático de Didáctica de la Historia de la Universidad de Barcelona

«La Historia es cada vez más necesaria para formar personas con criterio»

ESCUELA

¿Qué importancia adquiere el aprendizaje y la enseñanza de la Historia como asignatura escolar, especialmente con jóvenes?

La Historia reflexiona sobre el conjunto de la sociedad en tiempos pasados y pretende enseñar a comprender cuáles son las claves que están detrás de los hechos, de los fenómenos históricos, y de los procesos. Tiene un alto poder formativo para los futuros ciudadanos, en cuanto aunque no les enseña cuáles son las causas de los problemas actuales, pero sí les muestra las claves del funcionamiento social en el pasado. Es por lo tanto un inmejorable laboratorio de análisis social. La Historia, como ejercicio de análisis de problemas de las sociedades de otros tiempos, ayuda a comprender la complejidad de cualquier acontecimiento, de cualquier fenómeno social político..., y de cualquier proceso histórico analizando causas y consecuencias. Aquí radican sus mejores posibilidades formativas.

¿La Historia sirve para comprender el presente?

Como acabo de señalar, la Historia no explica el presente sino el pasado. El no entender esto explica errores tan importantes como los que se hacen en determinadas propuestas curriculares que sazonan los problemas actuales con contenidos o informaciones históricas. Quien así lo propugna demuestra, o ignorancia sobre lo que es la Historia, o bien incurre en el trasnochado historicismo de los historiadores románticos o simplemente reaccionarios.

El estudio de la Historia no lleva a la conclusión de que todo se repite como un eterno retorno, y mucho menos que se pueda conocer por dónde van a transcurrir los acontecimientos. Ya he dicho en otras ocasiones que el conocimiento histórico no da ninguna potestad para averiguar el futuro, y ello se demuestra simplemente comprobando las opiniones, en ocasiones pintorescas, que emiten los historiadores sobre el presente. Aciertan o se equivocan en sus análisis en la misma proporción que



Joaquín Prats Cuevas

otros colectivos que nada saben del pasado. En todo caso la Historia sirve como primer análisis para abordar los problemas sociales, políticos o económicos y saber situarlos en un contexto determinado.

Sin embargo, hay veces en que parece que muchas cosas de las que acontecen no han sido definitivamente resueltas y ante determinadas circunstancias vuelven a retomarse, tal vez de manera parecida, tal vez en vueltas en otras formas, porque el tiempo no pasa en balde y las cosas van adaptándose a la nueva época.

¿Historia nacional o la Historia general?

La respuesta es clara: la Historia con mayúscula. Es cierto que la Historia como materia escolar

fue introducida por los gobiernos liberales europeos en la primera mitad del siglo XIX con la finalidad de forjar sentimientos

patrióticos y crear adhesión a los proyectos nacionales. Las burguesías triunfantes del siglo XIX, vieron en la Historia un excelente medio para crear conciencia y asentar la estabilidad social de los estados. En todos los planes de estudios se generaron visiones de la Historia cuyo objetivo fundamental era la transmisión de una

idea de Historia colectiva como nación: la Historia al servicio de los nuevos Estados.

En realidad, los nacionalismos han hecho uso y, en ocasiones, abuso de la Historia, ya que, como señala Topolsky, «la Historia y su conocimiento son uno de los principales elementos de la conciencia nacional y una de las condiciones básicas para la existencia de cualquier nación». La perspectiva nacionalista en la selección de contenidos históricos para la enseñanza se ha extremado hasta límites peligrosos en los períodos de preguerra y, sobre todo, ha sido muy utilizada por los regímenes totalitarios.

¿Es adecuada la Historia escolar como instrumento de fortalecimiento de las identidades nacionales?

La Historia alcanzó su estatus de ciencia social a lo largo de los dos últimos siglos, por lo tanto debe ser enseñada y percibida como ciencia y no como instrumento de adoctrinamiento ideológico y político. En este contexto la Historia debe servir para entender cómo se han forjado las identidades nacionales y enseñar a descodificarlas. Es decir, a destilar lo que tiene de sentimientos personales y adhesión a una colectividad, de lo que es su historicidad y, por lo tanto, su principio, evolución, y transformación de esa identidad. La respuesta a su pregunta es que la Historia debe servir para comprender críticamente la propia identidad y poder contextualizarla en un mundo amplio y con Historia.

«La Historia debe servir para comprender críticamente la propia identidad y poder contextualizarla en un mundo amplio»

¿La enseñanza de los contenidos históricos sirve para educar o para instruir?

Debe superarse la ya obsoleta contraposición educación versus instrucción. Digo obsoleta sin estar seguro que esta cuestión esté bien resuelta en el imaginario de todos los que nos dedicamos

a pensar la educación. Aunque creo que ya nadie se atreverá a sostener seriamente que la autonomía ética y cívica del ciudadano puede fraguarse en la ignorancia de todo aquello que es necesario saber. Parafraseando a Fernando Savater, nos podemos preguntar: «¿Cómo van a transmitirse valores morales y ciudadanos sin recurrir a informaciones históricas, sin dar cuenta de las leyes vigentes y del sistema de gobierno establecido, sin hablar y entender otras culturas y países o sin emplear algunas nociones de información filosófica, y sin haber descodificado la magia de la tecnología?» O, «*sensu*» contrario: ¿Cómo puede instruirse a alguien en conocimientos científicos sin tener en cuenta los valores tan humanos, como la curiosidad, la exactitud, o el deseo de alcanzar la verdad?

En un tiempo en que el conocimiento se diluye ante la falsa contradicción: instrucción-educación, la Historia es cada vez más necesaria para formar personas con criterio y con una visión lo más fundada posible de un mundo desbocado y lleno de incertidumbres.

Por lo tanto, según su visión, la Historia tiene un gran poder formativo en la educación.

Efectivamente, la Historia, como disciplina científica, es un tipo de conocimiento de un gran poder formativo y también educativo. Y lo tiene por ser un medio válido para aprender a realizar análisis sociales (en el sentido amplio). Permite estructurar todas las demás disciplinas sociales y hace posible incorporar muchas situaciones didácticas para trabajar las diversas habilidades intelectuales y potenciar el desarrollo personal. Por lo tanto, definiendo que la Historia es una materia que debe ocupar un lugar importante en el currículo educativo general.

En el marco del predominio del enfoque centrado en el aprendizaje, ¿cómo situamos a la didáctica de la Historia?

Siendo la Historia una materia tradicional en los currículos europeos e iberoamericanos, en los últimos lustros ha experimenta-

do un retroceso en relación a su peso en los planes de estudio de algunos muchos países. Una de las razones de este retroceso está relacionada, por un lado con la crisis de los sistemas educativos y, por otro, con la propia crisis de la ciencia histórica.

En relación al primer aspecto, se han trasladado a la escuela las insatisfacciones y los problemas que la sociedad no sabe solucionar. La escuela parece ser el receptáculo de todos los dilemas y problemas sociales que afectan a la globalización y la dualización progresiva de las sociedades occidentales. La ingenuidad pedagógica de pensar que tratar estos problemas en los diversos niveles escolares los estigmatiza y los neutraliza para el futuro ha hecho que lo que es fruto de la imprecisión y del no consenso en las diversas ciencias sociales se traslade como núcleo de aprendizaje en las escuelas. Se cree que el abordar los problemas en estas edades es más motivador y eficaz en la labor educadora. Pero no es lo que nos dice la investigación didáctica.

Se ha producido un desconcierto que ha debilitado la propia convicción del profesorado sobre la utilidad de la Historia como conocimiento formativo. Uno de los síntomas del mencionado desconcierto es la falta de consenso efectivo sobre la Historia que debe ser enseñada y los criterios que deben servir para configurar la secuencia de contenidos para la Educación Secundaria.

Hay cambios para mejorar la didáctica de la Historia.

Sin duda, hemos visto aparecer en estos últimos decenios, de forma incipiente todavía, la investigación en didáctica de la Historia, realizada desde la óptica del proceso de enseñanza-aprendizaje superando las tendencias investigadoras de Estados Unidos, más ligadas a la psicología cognitiva. Creo que estamos viviendo un proceso de crecimiento en cuanto al conocimiento didáctico, pero es evidente que falta consolidar una comunidad investigadora e innovadora en nuestro ámbito cultural y científico que discuta y llegue a acuerdos sobre los problemas epistemológicos y metodológicos que tiene la investigación y la propia acción didáctica de esta materia de conocimiento social. Al mismo tiempo son cada vez más los profesores que buscan caminos ligados a la didáctica de la Historia mediante estrategias innovadoras, muchas de ellas ligadas a la explotación de los bienes patrimoniales y a la utilización de materiales cibernéticos.

¿Cuáles son las mayores dificultades que enfrentan el y la docente de Historia?

La materia histórica incorpora importantes dificultades para su enseñanza; unas basadas en su componente de saber social ligado a proyectos ideológicos y políticos, y otras, que son específicas de su naturaleza como conocimiento, aspecto que, desde mi punto de vista, no se tiene suficientemente en cuenta en la elaboración de las estrategias didácticas a medio y largo plazo. Por todo ello, la enseñanza de la Historia, su didáctica, tiene plan-



Joaquín Prats

teados importantes retos para situarla en su máxima posibilidad formativa como conocimiento escolar. Los retos suponen superar los problemas actuales, obviar los modelos casi escolásticos que nos ofrecen los modelos curriculares psicólogos tan en boga en España e Iberoamérica en las dos últimas décadas.

En términos metodológicos, ¿cuáles serían los elementos claves para abordar con dinamismo la enseñanza de la Historia?

Es importante que la Historia no sea para los escolares una verdad acabada, o una serie de datos y valoraciones que deben aprenderse de memoria. Es imprescindible que la Historia se trabaje en clase incorporando toda su coherencia interna y ofreciendo las claves para acercarse a su estructura como conocimiento científico del pasado. Es más interesante que los alumnos comprendan cómo podemos conseguir saber lo que pasó y cómo lo explicamos, que la propia explicación de un hecho o período concreto del pasado. Este principio debe iluminar, desde mi punto de vista, la metodología didáctica que debe emplearse en la clase de Historia.

¿Qué propuesta es la que usted hace desde el punto de vista didáctico?

Sintetizando al máximo diría que la enseñanza de la Historia debe consistir en la simulación de la actividad del historiador y el aprendizaje en la construcción de conceptos, familiarizando al alumnado a: formular hipótesis; aprender a clasificar de fuentes históricas; aprender a analizar las fuentes; aprender a analizar la credibilidad de las fuentes, el aprendizaje de la causalidad y, por último, el cómo iniciarse en la explicación histó-

ca. Dicho en palabras del gran historiador Pierre Vilar: «enseñar a pensar históricamente».

¿Por lo tanto da una gran importancia a los procedimientos?

No sé muy bien qué es eso de los procedimientos. Creo mucho más preciso y homologable hablar de método y técnicas como parte sustancial del aprendizaje de las disciplinas científicas. Bastaría recurrir al sentido común para observar que todas las disciplinas introducen en su enseñanza aspectos fundamentales que derivan de las técnicas y métodos de análisis de las mismas. A principios del siglo XXI parece evidente que la función de la Historia en la enseñanza Primaria y Secundaria no consiste en memorizar cronológicamente una sucesión de todos los hechos acaecidos desde la Prehistoria hasta nuestros días, cerrados en única interpretación. La dimensión educativa de la Historia consiste, más bien al contrario, en desarrollar la reflexión sobre algunas dimensiones humanas del pasado para crear y estimular en el alumnado el espíritu crítico. Es decir, enseñar que lo pasado como lo presente puede ser explicado de diversas maneras. El alumnado, ante las interpretaciones sociales, debe saber siempre plantearse en su maduración la pregunta siguiente: ¿cómo sé que lo que leo o me dicen es verdad? De esta manera se convierte en un sujeto más resistente a las manipulaciones.

¿Qué opina de los nuevos currículos de Primaria y Secundaria?

Continúan siendo enciclopédicos lo que impide, una vez más, profundizar en lo que realmente tiene sentido a mi modo de ver, acerca del valor educativo de la

Historia. Su redacción se ha realizado sin haberse diseñado previamente un modelo curricular claro. Por otra parte, de repente, se ha diseñado por competencias cuando en estos momentos no hay una significación unívoca y clara de dicho término.

En lo que se refiere a la Historia en la etapa Primaria, continuamos apartándonos de lo que es común en nuestro entorno europeo. Los niños y niñas ingleses, franceses e italianos —por citar solamente los más cercanos— estudian desde los 5 años

«Respecto al concepto de desarrollo intelectual y cultural de las personas, no hay mejor aprendizaje que aquel que no ofrece respuestas acabadas»

sendas asignaturas que se titulan sin complejos «Historia» y «Geografía». En ningún caso diluyen la formación histórica en un pretendido conocimiento del medio que mezcla sin criterio alguno la geología, la energía, la materia, los seres vivos con la medida del tiempo histórico, el análisis de contenidos a lo largo del tiempo, etc. A mi modo de ver, este currículo, en este aspecto, no tiene consistencia, ni lógica ni epistemológica. Lo que, de alguna manera, pone dificultades serias iniciales para su didáctica.

¿Qué opina de la tendencia actual de reducir todos los contenidos escolares a lo que se denominan competencias básicas?

Me parece que se ha incurrido en una exageración, probablemente llevada de las modas que tantos sinsabores han proporcionado a la educación española. En ocasiones se cree que cambiando de palabras y con-

ceptos se cambia la realidad. Respecto al concepto de desarrollo intelectual y cultural de las personas, no hay mejor aprendizaje que aquel que no ofrece certezas ni respuestas acabadas. Las mejores lecciones son las que no te sacan de dudas y te abren nuevas preguntas e inquietudes.

El considerar las competencias para evaluar el aprendizaje no es totalmente nuevo. Ya hace tiempo que aprendimos lo que eran los «objetivos de aplicación» en la añeja taxonomía de Bloom. Pero la formación de los escolares puede esperar muchas más dimensiones del conocimiento y de la sensibilidad cultural y cívica. Además, el concepto «competencia básica» no está suficientemente consensuado en la literatura pedagógica. Como se señala en el informe Eurydice de 2003: «la conclusión principal que se puede obtener del gran número de contribuciones a esta búsqueda de una definición es que no hay una acepción universal del concepto de 'competencia clave'»

Es cierto que su aparición en la Formación Profesional o en determinada orientación en el aprendizaje de lenguajes como el matemático, en idiomas y en general el aprendizaje de la lectoescritura ha sido y es una auténtica aportación. También parece interesante en algunos saberes que tienen una clara expresión en resultados prácticos y aplicativos. En estos casos me parece muy recomendable. Lo que sí le aseguro es que en Historia hay muchos objetivos educativos ligados a esta materia que no pueden ser observados desde esa perspectiva. El forzar la realidad desde los gabinetes y despachos no siempre ha dado buenos resultados a la educación y, en este caso, se debería ser muy cauteloso para evitar nuevos errores como los que, en los aspectos pedagógicos, se cometieron en la LOGSE.

Finalmente, ¿qué sugerencias le haría a los profesores noveles de Historia?

La que doy cada día a mis alumnos de Historia que desean ser profesores: trabajar por dar un fuerte impulso a la innovación didáctica en la enseñanza de la Historia. Ello solamente puede hacerse desde la autonomía profesional, la discusión y la preparación de experiencias y materiales que hagan del alumnado el protagonista del proceso de aprendizaje. Finalmente, los futuros docentes tendrán que intentar formalizar lo avanzado para contrastarlo con otros profesionales también innovadores. En suma: hacer de la profesión una actividad creativa, llena de inteligencia y acción que lidere los procesos de cambio pedagógico. Todo ello, considerando los avances de la investigación científica en la didáctica de la Historia que, sin duda, ya aportan ideas y elementos valiosos al conocimiento y a la formación de los docentes.